

Capítulo primero	7
I. La frontera norte	7
II. La frontera norte, una línea hecha de paradojas	11
III. Estereotipos <i>versus</i> realidad fronteriza	17
IV. La “otredad” como elemento de lo fronterizo	23

CAPÍTULO PRIMERO

I. LA FRONTERA NORTE

Si hay una área geográfica que haya sido particularmente afectada por los eventos trágicos del 11 de septiembre, esa es la frontera internacional entre México y Estados Unidos. Es entendible que un país que ha entrado en estado de guerra después de ser atacado con enormes pérdidas materiales y humanas, reaccione con el cierre de sus fronteras internacionales. Esa reacción inmediata ha sido ya sustituida por otra menos absoluta, pero de un estricto control sobre todo lo que cruza la frontera, tanto cosas como personas. Con el paso del tiempo, un hecho permanece fijo: la vida de la frontera no será por un buen tiempo lo que fue antes de los eventos del 11 de septiembre. En el corto plazo, todo lo que cruza la frontera lo hará más despacio debido a nuevos controles. En el largo plazo, mucho de la vida fronteriza se irá acercando a lo que fue antes de aquel trágico martes. Por lo pronto, la vida en la frontera ya no es ni será la misma que antes.

La intensa interacción de más de doce millones de seres humanos que habitan en ambos lados de la frontera México-Estados Unidos, nos ha hecho vivir la frontera como si ésta no existiera. Es el caso de muchos de nosotros en la forma en que practicamos nuestra vida familiar en la frontera. La manera en que planeamos bodas, cumpleaños, bautizos y otras ceremonias familiares, es como si la frontera fuera más virtual que real. Esto se revierte en la medida en que nuestra vida toca aspectos más formales, sobre todo en las implicaciones espaciales de nuestra relación con instituciones, leyes y gobiernos. Su existencia nos hace conscientes de que, en efecto, hay una guardarraya que marca el principio y el fin espacial de dos naciones diferentes.

Uno de los efectos de lo que pasó el 11 de septiembre del 2001 es que nosotros, la gente de la frontera norte de México, nos veremos confrontados con un incremento del número de instancias que nos forzarán

a tener presente que la frontera nos marca una diferencia con implicaciones existenciales. Nuestras propias identidades como fronterizos se verán presionadas hacia actos de conciencia acerca del lado de la frontera al que realmente pertenecemos.¹ Esa frontera a la que a veces no hacíamos mucho caso, ahora la tendremos allí para recordarnos nuestros orígenes nacionales, nuestras filiaciones y lealtades, así como la herencia cultural que nos ha llevado a ser como somos. A partir de esa fatídica fecha y, quién sabe por cuanto tiempo, la frontera nos impondrá la realidad de que no somos lo mismo los de un lado que los del otro.

A pesar de esas diferencias que ahora aparecerán con mayor presencia y frecuencia en nuestras vidas como fronterizos, seguiremos, sin embargo, teniendo muchas cosas en común con la gente “del otro lado”. Nuestras necesidades vitales que tenemos en común no cambiarán. Seguiremos haciendo nuestras vidas, comiendo, comprando, vendiendo, trabajando para el sustento de nuestras familias. Seguiremos teniendo que buscar la cooperación de nuestros vecinos “del otro lado” para tareas que nos son comunes porque nos las impone la geografía, como el compartir un medio ambiente que no reconoce fronteras. Seguiremos buscando en “el otro lado” aquello de lo que carecemos en el nuestro. Seguiremos teniendo cosas que necesita la gente “del otro lado”. Seguiremos teniendo que intercambiar, tendremos que comerciar y, en fin, tendremos que compartir mercados cuyas dimensiones espaciales abarcan ambos lados de la frontera. Para ello tendremos que seguir produciendo comúnmente las reglas de los juegos que compartimos; por ejemplo, el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN).

Todas aquellas necesidades vitales que la geografía nos ha hecho compartir a la gente de ambos lados de la frontera, se harán más concretas, claras y evidentes para la gente de ambos lados conforme el trauma del ataque terrorista del 11 de septiembre nos permite a los fronterizos de ambos lados, ver más claro a través del humo de lo que se quedó quemando y del polvo de lo que quedó demolido a partir de esa fecha. Los de “acá de este lado” tendremos que esperar hasta que esos humos, traumas y polvos se disipen con el tiempo. Mientras tanto, debemos ser

¹ Sobre este tema se puede encontrar una discusión ampliada en: Bustamante, Jorge A., “Etnicidad en la frontera México-Estados Unidos; una línea hecha de paradojas”, en Ruiz, Ramón Eduardo y Ruiz, Olivia Teresa, *Reflexiones sobre identidad de los pueblos*, Tijuana, Baja California, Colección Colef., 1996, pp. 36-55.

pacientes con nuestros vecinos sobre las maneras y los controles que ellos decidan crear para controlar sus fronteras y protegerse en contra de nuevas penetraciones a su territorio con objetivos terroristas. La frontera nos hace, al mismo tiempo, estar cercanos y distantes de Estados Unidos. Lo cercano nos ha representado oportunidades; lo distante, algunos retos a la convivencia y a la buena vecindad. Nuestra condolencia y nuestra solidaridad que como fronterizos sentimos con las familias de estadounidenses que perdieron a seres queridos con los ataques terroristas, deberán ser sucedidos por un sentido de paciencia, hasta que ellos encuentren nuevamente la ruta de recuperarse a sí mismos y seguir su camino como nación. Podremos estar seguros de que la manera en que de aquí en adelante nos entendamos los fronterizos de ambos lados, marcará pautas que tenderán a ser seguidas por el resto de la gente de nuestros respectivos países. Por eso tendremos que hacer un esfuerzo para mejorar nuestro mutuo entendimiento sobre nuestras respectivas maneras de ser. Si no por otras razones, porque, por más inteligentes que seamos en ambos lados de la frontera, hay algo que no podremos cambiar y eso es la geografía.

Es probable que la frontera se vaya convirtiendo, de algo que nos une, como lo fue hasta antes del 11 de septiembre, a algo que nos separa como fronterizos.² Quizá eso es parte de la naturaleza política de la frontera, dado que en ese contexto la frontera no fue inventada originalmente para unir sino para separar. Quizá esa naturaleza es concomitante con la relación que hay entre la noción de soberanía y la noción de fronteras nacionales. Es entendible que un país cuya soberanía ha sido violada de manera tan dramática como lo fue la de Estados Unidos el 11 de septiembre, quiera estar seguro de que sus fronteras internacionales estén protegidas. Esto es igual a decir que no hay materia más interna que el control y cuidado de las fronteras nacionales, sobre todo las de un país en guerra. En este sentido no nos debe extrañar que la frontera no sea lo mismo en tiempos de guerra del país vecino, que en tiempos de paz. Mientras ésta no se restablezca, la vida de la frontera difícilmente regresará a lo “normal”.³

2 Sobre el significado cultural de la frontera, véase Bustamante, Jorge A., “La otredad fronteriza”, *Revista Cultura Norte*, México, año 6, número 23, abril-mayo, 1993.

3 Un marco conceptual para el estudio científico de la frontera aparece en Bustamante, Jorge A., “Frontera México-Estados Unidos: reflexiones para un marco teórico”, *Frontera Norte*, Tijuana, Baja California, vol. 1, núm. 1, 1989, pp. 7-24.

El 11 de junio de 2001, la revista *Time* (vol. 157, núm. 23), editó un número especial titulado “Bienvenido a Amexica”, y fue dedicado a la región fronteriza de México con Estados Unidos. La tesis principal fue que la región fronteriza era algo nuevo, que no tenía nada que ver con el pasado, aun el reciente. Que se trataba de una región nueva cuyos contornos se diluían en una dinámica de penetraciones mutuas de lo estadounidense hacia territorio mexicano y de lo mexicano hacia territorio estadounidense. No es la primera vez que una publicación de Estados Unidos se refiere a la región fronteriza como algo diferente. En 1981, esa fue la tesis de un libro de Joel Garreau titulado *The Nine Nations of North America*. Este libro postuló la tesis de que la región fronteriza ya no es ni totalmente mexicana ni totalmente estadounidense. Cabe anotar que esta tesis fue mucho más popular en Estados Unidos que en México, donde no se le prestó gran atención a ese libro.

La idea que la revista *Time* proyectó fue la de una región altamente promisorio como un lugar de convergencia de las mejores oportunidades para el desarrollo económico que el proceso de globalización y de trilateralización ha traído a los tres países del TLCAN. Los autores de ese artículo de la revista citada proyectaron un escenario muy optimista basado en realidades de un intenso proceso de integración de los tres países del TLCAN, particularmente entre las economías de México y Estados Unidos, y aún más en la frontera entre los dos países. Ese escenario optimista de la frontera se perdió como una de las muertes que fueron producto del ataque terrorista del 11 de septiembre. Como resultado de éste, la frontera de México con Estados Unidos producirá una mayor diferencia en nuestras vidas como nunca antes. Es probable, sin embargo, que esto no sea algo permanente. Ciertamente que los fronterizos debemos hacer ajustes en tanto que un diferente significado de la frontera surge de la crisis actual.

Esas necesidades básicas que la geografía nos ha hecho compartir en ambos lados de la frontera, se harán ahora más concretas. Más evidentes a los ojos de la gente de ambos lados, de manera gradual, mientras que el trauma del ataque terrorista permite ver a través de emociones, resentimientos e ideologías que operan a veces como espesas capas de humo que dificultan la visión de lo ocurrido. Tenemos que aprender a ser pacientes mientras se disipan esos humos. Nosotros los vecinos de Estados Unidos necesitamos prepararnos para ser más pacientes con las

medidas de control que Estados Unidos tendrá que tomar en la frontera para protegerse como nación en contra del terrorismo.

La frontera nos hace a los fronterizos ser los extranjeros más cercanos que tiene Estados Unidos. Muchas veces esto ha sido una gran oportunidad. Otras, se nos aparecerá como todo un reto para la buena vecindad. Nuestro sentido de solidaridad con las familias de estadounidenses que perdieron a seres amados tendrá que ser seguido por nuestra paciencia hasta que ellos encuentren la manera de fortalecerse y organizarse para seguir adelante como país. La manera en que logremos entendernos mutuamente en ambos lados de la frontera establecerá un ejemplo que será sin duda seguido por el resto de nuestros respectivos países en la manera en que ambos sean capaces de lidiar con el país vecino. Debemos de hacer un esfuerzo para mejorar nuestro entendimiento mutuo de la manera en que hemos llegado a ser lo que somos.

II. LA FRONTERA NORTE, UNA LÍNEA HECHA DE PARADOJAS

Los cerca de 300 millones de cruces de personas por la frontera México-Estados Unidos, de los que dan cuenta las estadísticas del Servicio de Inmigración y Naturalización de los Estados Unidos para el último año fiscal (2001), sugieren que hay un fenómeno singular de interacción fronteriza entre las dos naciones. La intensidad de esta interacción podría parecer incongruente con los contrastes entre estos dos países vecinos, no sólo en lo económico —el producto nacional bruto de México representa aproximadamente la vigésima parte del estadounidense—, sino también en lo cultural, ya que la frontera sur de los Estados Unidos lo es con toda América Latina. En Tijuana tenemos más cosas en común con Buenos Aires que con San Diego, empezando por el idioma.

Como lo argumentó persuasivamente Kei Erickson,⁴ en lo cultural, los Estados Unidos son en esencia una nación anglosajona, a pesar de la multitud de orígenes de los inmigrantes que históricamente han conformado su sociedad. El contraste entre la cultura latinoamericana y la del otro lado de la frontera, habitado por personas de idioma, religión

⁴ Erickson, Kei, *Wayward Puritans: A study in the Sociology of Deviance*, Nueva York, Willie, 1966.

e historia diferentes, es un reto cotidiano a la convivencia de los fronterizos, así como un reto al estudio y entendimiento de su dinámica. Las cifras de cruces de la línea divisoria, que establecen récords mundiales, hacen de la experiencia fronteriza un reto fascinante para su estudio. Los contrastes en la frontera México-Estados Unidos son tantos y tan agudos que sugieren un método dialéctico como forma de analizar la relación bilateral; sin embargo, hay una realidad que se opone a la lógica de las contradicciones que se expresa en una interacción fronteriza intensa y creciente. Una manera de conciliar los contrastes con las interacciones es ver los primeros como paradojas. Por esta vía, uno se encuentra en la frontera entre México y los Estados Unidos con un panorama en el que predomina el desierto y florecen las paradojas.

Antes de emprender la búsqueda de su entendimiento resulta conveniente habituarse a una definición de trabajo acerca de lo que es la convergencia espacial entre estas dos naciones. Propongo para ello una premisa conceptual básica. Ésta es que, sea lo que fuere ese espacio geográfico fronterizo, tiene dos lados: uno, el mexicano, el otro, el estadounidense. Un fenómeno fronterizo es, entonces, algo que tiene que ver con procesos de interacción de factores localizados en ambos lados de la frontera. La dimensión espacial de la frontera impone una noción de límites que precise la naturaleza fronteriza de estas interacciones. Aquí es donde resulta útil el concepto de región, que alude a un común denominador que caracteriza y distingue un espacio geográfico de otro. La vastedad y la heterogeneidad del espacio fronterizo a lo largo de más de 3,000 kilómetros riñen con el concepto de región; sin embargo, el denominador común que permite entender tal espacio como región es la vecindad dinámica e interactuante de sus pobladores de ambos lados de la frontera.

Cuando se trata de definir hasta dónde llega la región fronteriza al sur y al norte, es de utilidad suponer que no existe un único denominador espacial que se pueda usar para determinar la extensión geográfica de la frontera para propósitos analíticos. La extensión de la región fronteriza hacia el norte y hacia el sur varía según la naturaleza del fenómeno que se quiera estudiar. No es la misma definición espacial de la frontera como región si abordamos las transacciones económicas que si lo hacemos con los problemas ambientales o la dinámica de la población. Cada enfoque lleva a una definición distinta de espacios conceptuales al sur y al norte de la frontera México-Estados Unidos.

He señalado antes⁵ que es válido hablar de una región fronteriza a pesar de sus contrastes y heterogeneidades, si no por otra cosa, por la vecindad geográfica con el otro país. Sin embargo, esta noción sólo resuelve la delimitación espacial fronteriza del este al oeste y viceversa, siguiendo la línea fronteriza. Más difícil que esto es definir al otro eje.⁶ Mi sugerencia es que la región fronteriza México-Estados Unidos sea delimitada hacia el norte y hacia el sur por el espacio empíricamente cubierto por patrones de interacción entre factores localizados en ambos lados. Para dilucidar esos patrones de interacción resulta útil distinguir entre la interacción “interna”, que tiene lugar entre gente, instituciones o fenómenos ambientales hacia adentro de cualquiera de los dos países, y las interacciones que llamaremos “externas”, que tienen lugar entre esos factores, hacia afuera del país. La gente, las instituciones y los factores ambientales localizados en la frontera interactúan “internamente” con sus respectivos correlatos en el resto del país, y “externamente”, con aquellos que están en el otro lado de la frontera.

Para fines de la definición espacial de una región fronteriza, la interacción pertinente es la “externa”; o sea, la que ocurre a través de la frontera. Este concepto implica un supuesto epistemológico; es decir, la frontera no es un hecho de la naturaleza, sino una construcción social o un invento del hombre para marcar una diferencia en cuanto a adscripciones institucionales y de nacionalidad. Esto no sugiere que las personas que interactúan a través de la frontera puedan hacer algo o deban preocuparse sobre lo que las diferencia a través de la frontera. Sugiere, eso sí, que la frontera siempre representa una opción —que está abierta para los que emprenden cualquier patrón de interacción “externa”— de recurrir a adscripciones de nacionalidad. En otras palabras, la frontera representa la opción de ser “usada” por alguien cuyos intereses resulten beneficiados por la posibilidad de distinguir entre lo mexicano y lo estadounidense.

5 Véase Bustamante, Jorge A., “La interacción social en la frontera México-Estados Unidos: un marco conceptual para la investigación”, en R. González Salazar (comp.), *La frontera del norte, interacción y desarrollo*, México, El Colegio de México, 1981.

6 Para un análisis general del espacio geográfico de la región fronteriza, véase Hanse, Niles, *The Border Economy. Regional Development in the South-West*, Austin, University of Texas Press, 1981, pp. 53-76. Más específicamente, para el caso de la frontera al sur de Texas, véase House, John W., *Frontera on the Río Grande. A political Geography of Development and Social Deprivation*, Nueva York, Oxford University Press, 1982, pp. 55-69.

Independientemente del éxito o fracaso de ejercer tal opción, o de la frecuencia real de su ocurrencia, la frontera existe y puede marcar la diferencia en el resultado de la interacción de las personas. Hay gran tendencia a liberalizar la existencia de una frontera, particularmente al comercio; sin embargo, el tema cada vez más problemático del narcotráfico, por una parte, y de la inmigración de indocumentados, por la otra, ha llevado a los políticos de los Estados Unidos a promover con buen éxito medidas que tienden a un cierre más estricto de la frontera. La construcción de una cerca de acero de más de 30 kilómetros de largo entre San Diego y Tijuana;⁷ la “Propuesta 187”, aprobada por 59% de los votantes en California el 8 de noviembre de 1994; la “Operación Bloqueo”, realizada en la frontera de El Paso-Ciudad Juárez, o la “Operación *Gatekeeper*”, llevada a cabo entre San Diego y Tijuana, estas dos últimas por iniciativa de las autoridades de inmigración de los Estados Unidos, son medidas que no sólo usan la frontera para separarse del país vecino, sino que incluso la hacen aparecer como la colindancia con un país enemigo, mediante la construcción, no de una, sino de tres bardas, que corren paralelamente entre Tijuana y San Diego.

Los eventos del 11 de septiembre han venido a darle nuevos impulsos en Estados Unidos a una visión más xenofóbica de la frontera que incluye la de sospechar que todo inmigrante indocumentado es un terrorista en potencia. Al terminar este libro, en marzo de 2002, el diario *La Opinión* de Los Ángeles, el más antiguo que se publica en español en Estados Unidos, informó en su primera plana de su edición del 14 de marzo, de las declaraciones de John Ashcroft, secretario de Justicia de Estados Unidos anunciando que le había turnado al FBI la encomienda de investigar sobre una serie de cartas (más de 20) anónimas que recibieron esa misma semana los dirigentes de las principales organizaciones “latinas” en Estados Unidos. Según esa información, esas cartas eran todas iguales y contenían insultos y expresiones racistas en contra de los inmigrantes indocumentados mexicanos y de esas organizaciones a quienes se acusaba de apoyar a esos “criminales” a quienes se acusaba de lo mismo que fueron acusados por los autores de la “Propuesta 187” (de la cual

7 El congresista Duncan Hunter, representante de un distrito fronterizo del sur de California y miembro de alto rango del Comité de Fuerzas Armadas de la Cámara de Representantes, continúa realizando una fuerte campaña en pro de la militarización de la frontera de México. Logró promover la construcción de la reja de acero que ha cambiado significativamente el paisaje de la frontera San Diego-Tijuana.

se trata en el último capítulo de este libro). Tal visión se estaba disipando con la creciente integración económica de ambos lados de la frontera, que antecedió a la recesión de la economía estadounidense, que empezaba a ceder al terminar este libro.

La visión de una frontera que separa y de unos vecinos poco confiables, según visiones estereotipadas, van en sentido contrario a la que sugieren los que hablan de una “frontera virtualmente inexistente”, concepto que enmarca el análisis citado de la revista *Time*, que implica la integración *de facto* de una región vecina de México y de los Estados Unidos. Esta es la tesis central de ese artículo de la revista *Time* y antes lo fue en el concepto de “Mexamérica” que introdujera Joel Garreau en su libro *The Nine Nations of North America*.⁸

La diferencia que la frontera marca para cada lado tiene que ver con la naturaleza de la relación de los ciudadanos con el Estado en cada país y con la naturaleza de las exigencias que cada Estado puede hacer sobre aquéllos. Tanto la relación del individuo con el Estado como las exigencias que éste puede imponer sobre sus ciudadanos son distintas en México y Estados Unidos. La frontera implica precisamente la arena donde se lidia con esa diferencia.

Hay además otra: la de la asimetría de poder entre México y Estados Unidos,⁹ diferencia que se presenta en los niveles macro y micro de las dimensiones de interacción entre estas dos naciones. De nuevo, tal asimetría de poder existe independientemente de que sea o no sea ejercida por los individuos en un proceso de interacción “externa”. Obviamente, como en todo lo que cae en el campo de las interacciones humanas, puede haber excepciones.

Volviendo al problema de definir conceptualmente los ejes norte-sur de la región fronteriza, se entiende en este análisis que dicho espacio está determinado por la combinación de las condiciones conceptuadas

⁸ Garreau, Joel, *The Nine Nations of North America*, Nueva York, Avon Books, 1981. Cabe señalar que este libro, que logró grande ventas en los Estados Unidos, pasó virtualmente inadvertido para los comentaristas mexicanos que suelen referirse a publicaciones estadounidenses que aluden a México.

⁹ El concepto de “asimetría de poder” aplicado a las relaciones México-Estados Unidos fue introducido por Mario Ojeda en “The Structural Context of US-México Relations”, en Montgomery, Tommie S. (comp), *México Today*, Filadelfia, Institute for the Study of Human Issues, 1982.

en otro trabajo¹⁰ como “intensidad” y “extensión” de la interacción de la gente a través de la frontera. Aquí, “intensidad” significa la frecuencia real de una interacción “externa”. Podría ser ésta una transacción económica fronteriza en la cual un turista estadounidense compra un *mexican curious* en Tijuana, o un dentista mexicano en Ciudad Juárez que atiende a un cliente estadounidense que reside permanentemente en El Paso. Cuando tal práctica se repite al punto de poder ser empíricamente definida como un patrón, se podría usar como indicador para definir operativamente la “extensión” de una dimensión de la región fronteriza. Se podría hacer un mapa de esas condiciones definidas como el espacio cubierto por los procesos de interacción de tipo de la citada entre el dentista mexicano en Ciudad Juárez y su paciente de El Paso, en combinación con la frecuencia real de sus interacciones.

La combinación de estas dos dimensiones de “intensidad” y “extensión” es lo que hace posible distinguir geográficamente la región fronteriza de otra que no lo es. Esta última probablemente muestre menor “intensidad” en la frecuencia de ocurrencia, en comparación con el mismo tipo de interacción que ocurre entre actores cuya residencia permanente está físicamente más cerca de la frontera. Esta “intensidad” mayor de interacciones a través de la frontera es la clave para la definición que sugiero para una “región fronteriza”. Sin embargo, tal definición estaría incompleta sin su combinación con la variable “extensión”, medida en cuanto a un espacio, en ambos lados de la frontera, cubierto por la ubicación física de los actores de una interacción internacional. En la medida en que es probable que la combinación de “intensidad” y “extensión” de una interacción sea mayor entre personas en ambos lados de la frontera (por ejemplo, dentistas y pacientes de Ciudad Juárez y El Paso, respectivamente) que la propia interacción entre el mismo tipo de actores más lejos de la frontera (por ejemplo, entre la ciudad de México y Chicago), en esa medida es posible hablar de una región fronteriza definible empíricamente en términos espaciales. Esta definición es igualmente aplicable a procesos de interacción entre personas, instituciones o factores ambientales de uno y otro lado de la frontera.

¹⁰ Bustamante, J. A., “Frontera México-Estados Unidos; reflexiones para un marco teórico”, *Frontera Norte*, Tijuana, vol. 1, enero-junio de 1989, pp. 7-24.

III. ESTEREOTIPOS *VERSUS* REALIDAD FRONTERIZA

La gente del lado mexicano de la frontera tiene que lidiar con estereotipos que se originan tanto en el sur como en el norte. Del sur, el que más resienten los “fronterizos” es el de “agringado” o “pocho”. Estos términos se refieren a quien ha desertado de su “mexicanidad” o a quien rechaza su etnicidad de origen en favor de una extranjera (estadounidense). En el norte (los Estados Unidos), los fronterizos del lado mexicano suelen personificar la leyenda negra de algunos pueblos fronterizos mexicanos, lo cual yo encapsulo en el concepto de “síndrome de Tijuana”.¹¹ A continuación intento analizar los estereotipos en que se encasilla a los fronterizos mexicanos desde el interior de México y de los Estados Unidos.

El concepto de *etnicidad* es crucial en el análisis que se ofrece en este capítulo. La etnicidad será entendida en este capítulo de manera dicotómica, como una “etnicidad en sí” y una “etnicidad para sí”. La paráfrasis de los conceptos de Marx de “clase en sí” y “clase para sí” debe interpretarse más como un “préstamo” que como una envoltura teórica. El parentesco teórico más cercano al desarrollo de estos conceptos, incluyendo el de “conciencia de etnicidad” que se usará más adelante, sería con Max Weber dentro de su marco teórico para el estudio de las relaciones sociales, formulado en el primer capítulo de su obra de publicación póstuma *Economía y sociedad*.

“Etnicidad en sí” se entiende aquí como la condición objetiva de pertenencia de un individuo a una comunidad cultural, reconocida desde fuera como tal, por lo distintivo de sus tradiciones y lenguaje. En esta noción de comunidad es en donde surgiría, según Weber, el *Gemeinter Sinn*, o “sentido compartido intersubjetivamente” sin el cual no serían posibles las relaciones sociales. Hay un componente histórico esencial para el entendimiento de esta noción de etnicidad. En contraste, “etni-

¹¹ Consiste en la percepción de una situación, una persona o un acontecimiento relacionándolo instintivamente con la imagen de Tijuana de fines de los años veinte hasta principios de los cuarenta. Es decir, un patio de juego para los estadounidenses, que atraviesan la frontera para hacer o consumir aquello que es pecaminoso e ilegal en su país. Recientemente noté este “síndrome” en una reunión social de dirigentes empresariales en San Diego: la esposa de uno de ellos francamente se rio cuando le dije que trabajo en una institución de investigación científica en Tijuana. Creyó que estaba bromeando.

ciudad para sí” se entiende como una condición subjetiva referida a un estado mental o a una actitud de identificarse ante los demás como miembro de una comunidad cultural, entendida ésta como un conjunto de personas ligadas entre sí porque comparten tradiciones, lenguaje, costumbres, valores y creencias que los identifican ante los miembros y los no miembros, como pertenecientes a esa comunidad cultural. El concepto “etnicidad para sí” se usa aquí para identificar el estado mental o la actitud de asociar expresamente el comportamiento propio a un elemento simbólico de identidad con una comunidad cultural reconocida por sus tradiciones.

La diferencia entre ambas etnicidades se deriva de la “conciencia étnica”. Ésta se encuentra ausente en la “etnicidad en sí” y presente en la “etnicidad para sí”. Un niño, más comúnmente que un adulto cabalmente socializado, va a tener una “etnicidad en sí” por el mero hecho de pertenecer por nacimiento a una comunidad culturalmente dada; sin embargo, puede no tener aun una “etnicidad para sí”, por carecer de la conciencia de pertenecer a esa comunidad.

La etnicidad es un concepto elástico. Podría referirse a dimensiones macro o micro. La macro se refiere a regiones culturales que comprenden a varios países, como los latinoamericanos o los árabes. La micro se refiere a lo que entendemos como comunidades de minorías, como la comunidad indígena pápago, que tiene una ubicación tanto mexicana como estadounidense. Por mucho que sea un pleonasma sería muy útil subrayar que el elemento cultural es esencial en el concepto de la etnicidad.

Dicho esto, el análisis se centrará ahora en el lado mexicano de los estereotipos fronterizos. México ha sido, desde los aztecas hasta nuestros días, una nación organizada básicamente por un poder central. La expresión más elocuente de ese centralismo es el desarrollo macrocefálico de la ciudad de México. Se han hechos muchos esfuerzos para descentralizar. De hecho, la existencia de El Colegio de la Frontera Norte representa un esfuerzo victorioso de El Colegio de México por descentralizar la educación superior. Es decir, por promover la creación de una institución de educación superior, legalmente independiente fuera de la ciudad de México, creada como copia al carbón y a escala de la institución progenitora. Cada vez hay más esfuerzos exitosos en México por descentralizar. Sigue siendo cierto, sin embargo, que México es una nación mucho menos descentralizada que Estados Unidos.

Relacionado con ese aspecto de la centralización histórica de la vida nacional mexicana existe una visión etnocéntrica de la mexicanidad, sea lo que fuere que eso signifique, entre la gente de la parte central de México, en particular de la capital del país. En esa región hay el supuesto comúnmente aceptado de que la mexicanidad es como una gran carpa de circo cuyo punto más alto se encuentra en la ciudad de México y el más bajo en las fronteras. En ellas encontramos, según los estereotipos, el nivel más bajo de mexicanidad. El sesgo etnocéntrico se ve exacerbado por la noción que, en términos coloquiales, podría enunciarse como: “Entre más cerca de los Estados Unidos viva un mexicano, más se ‘agringa’ y es, por lo tanto, menos mexicano”.

Esta visión estereotipada suele verse “confirmada” cuando alguien de la ciudad de México de visita en Tijuana oye decir algo como: “Ai’te uacho a dos blokes de la marketa, ese...”. Tan extraño lenguaje, que no tiene sentido para el visitante capitalino, es interpretado como una escandalosa prueba de una desnacionalización cultural o pérdida de mexicanidad, para no hablar de una afrenta a la pureza del idioma nacional.

Los fronterizos (el que escribe entre ellos) tenemos una interpretación distinta de tal experiencia lingüística. Ésta se considera como una apropiación o “nacionalización” local de palabras del idioma inglés, que en un sentido más abstracto, representa el proceso social por el que han sido creados todos los idiomas. Es decir, una expresión lingüística que consiste en palabras tomadas de otro idioma de un grupo étnico vecino, en nuestro caso del inglés, que se transforma localmente (se nacionaliza) hasta llegar a no ser reconocidas por un angloparlante. Este proceso sociolingüístico puede no tener nada que ver con una pérdida de identidad étnica, en particular cuando la etnicidad propia se compara con la “del-otro-lado-de-la-frontera”.

Para los fronterizos mexicanos este proceso lingüístico de tomar prestadas palabras del idioma “del otro lado” es en verdad un proceso de reafirmación étnica. Algo distinto hubiera sido si el autor de la citada expresión fronteriza hubiera dicho “I’ll see you two blocks away from the market”. El hecho de que el “te uacho a dos blokes de la marketa” se le diga a otro del propio grupo étnico bajo el supuesto de que va a entender el significado de esas palabras localmente transformadas para la comunicación entre pares, indica que hay una “conciencia étnica” entre los interlocutores del caso, los que han desarrollado una suficiente “etnicidad para sí” como para ser identificados por el observador externo

en tanto miembros explícitos de una comunidad tan culturalmente dada como la fronteriza.

El uso de expresiones lingüísticas como la citada es en realidad una manifestación de reafirmación étnica, más que de una pérdida de etnicidad o mexicanidad, que sería la más entendida bajo la interpretación estereotipada.

Ésta fue la conclusión a la que llegamos frente a los hallazgos de una investigación realizada en El Colegio de la Frontera Norte en 1983, misma que fue replicada dos veces, primero en 1984 y luego en 1985. En síntesis, estas investigaciones tuvieron por objeto medir la etnicidad de los residentes habituales en ciudades fronterizas en comparación con los de ciudades del interior del país, controlando por “sectores” de cada ciudad, mismos que se definieron operativamente como los espacios distinguibles por varios indicadores objetivos, por ejemplo la disponibilidad y la calidad de los servicios públicos y de los materiales de construcción de las casas. En la encuesta de 1983 se buscó la relación entre etnicidad y el uso de anglicismos en el habla cotidiana. La hipótesis central de trabajo de esta encuesta fue: a mayor uso de anglicismos, menor etnicidad. Ésta fue medida a partir de una adaptación de la metodología seguida por el doctor Rogelio Díaz Guerrero, conocida como una batería de “premisas socioculturales”, con respuestas convertidas a puntajes, que se supone son capaces de medir la lejanía o cercanía del sujeto a ciertas tradiciones, entendidas como características de la identidad cultural de los mexicanos. Aun conociendo las limitaciones de tales supuestos, para los efectos de nuestra investigación resultó importante verificar el poder de discriminación de tal batería para distinguir comparativamente las preferencias de valores entre jóvenes mexicanos y estadounidenses. Estas verificaciones fueron suficientes para usar las “premisas” que resultaron con mayor peso factorial en la explicación de la varianza y así distinguir a uno y otro grupo en términos culturales. Decidimos que, si lo que buscábamos era el grado en el cual los fronterizos se han “acercado” a los valores de la cultura estadounidense, en comparación con los mexicanos del interior, controlando por “sector” social, una prueba sociocultural como la desarrollada por el doctor Díaz Guerrero, podría ser útil como una primera aproximación a la medición que pretendíamos.

La definición operativa de “sectores” sociales fue la base empírica en el diseño de marcos de muestreo para cada sector de cada ciudad estudiada. En la encuesta de 1983 se dividieron las ciudades en los “sec-

tores” llamados I y II, y en las encuestas siguientes se dividieron en tres (I, II y III). En la primera encuesta, el sector I correspondió a la parte de la ciudad con mejores servicios públicos y mejor calidad en los materiales de construcción, y el II al resto de la ciudad. En las réplicas de los años siguientes se identificaron primero a los sectores extremos (I y III) y luego el intermedio como el espacio urbano entre los sectores I y III. Se diseñó un método de muestreo sistemático aleatorio de hogares y se entrevistó al residente habitual, mayor de 18 años, que se encontró en la casa seleccionada sistemáticamente al azar.

Lo que encontramos en la primera encuesta fue tan sorprendente, que decidimos realizar una réplica antes de publicar los primeros hallazgos.¹²

Para reforzar la base de nuestras interpretaciones realizamos una tercera encuesta. Las réplicas confirmaron los hallazgos de la primera sobre las altas calificaciones de etnicidad entre muestras de ciudades fronterizas controlando por sectores socioeconómicos, más que en algunas de las ciudades del interior y la de México, donde se encontraron los menores niveles de etnicidad. Cabe señalar, a propósito de la relación buscada en la primera encuesta entre etnicidad y uso de anglicismos, que encontramos instancias que iban, desde ninguna correlación entre esas variables hasta una correlación positiva. Esto último dio pie para la conclusión de que cierto uso de anglicismos, identificados como “mexicanizaciones” de palabras del idioma inglés, para el uso en el habla cotidiana, reflejaban más una etnicidad o “mexicanidad”, que una pérdida de ella.

Al principio no podíamos entender por qué en las muestras de ciudades fronterizas, entre más alto ese uso de anglicismos era mayor la etnicidad. Significaba un hallazgo claramente contrario al estereotipo de la desnacionalización de los fronterizos que usan “pochismos”. La hipótesis inicial que queríamos someter a prueba fue una correlación negativa entre “eticidad” y “uso de anglicismos”, donde se esperaba que las muestras de ciudades fronterizas fueran más altas que las no fronterizas. Con la ayuda de lingüistas de El Colegio de México, como el doctor Luis Lara, llegamos a la interpretación antes mencionada, en el sentido de que el

¹² Los hallazgos de esta investigación se publicaron por primera vez en Bustamante, J. A., “Identidad nacional en la frontera norte. Hallazgos preliminares”, en Corona Rentería, A. (comp.), *Impactos regionales de las relaciones económicas entre México y Estados Unidos*, México, El Colegio de México, 1984.

manejo de esa habla por fronterizos es más un signo de “etnicidad para sí” que lo opuesto.

El uso de ciertos anglicismos o, lo que hemos llamado aquí, “mexicanización” de palabras del idioma inglés se distinguió de otro, caracterizado por el uso real de palabras en inglés o construcción de frases en español para el habla cotidiana siguiendo la sintaxis del inglés. Al primer tipo de anglicismos le llamamos “anglicismos procesados” y el segundo “anglicismos apropiados”. Para el examen del habla de los entrevistados se les pidió que relataran sus experiencias de la última semana sobre temas fijos. Las entrevistas fueron grabadas, y se pidió a un equipo de lingüistas entrenados que oyeran las cintas a fin de identificar, calificar y contar los anglicismos que encontrarán. Los mismos entrevistados participaron en la otra prueba que medía su distancia con los valores tradicionales y percepciones previamente identificados como característicos de la identidad cultural mexicana, con la solicitud de que indicaran el nivel de acuerdo o desacuerdo. Lo que encontramos se podría entonces resumir en los siguientes puntos:

a) entre más alto es el nivel de vida, mayor el uso de “anglicismos apropiados” y menor la “etnicidad”;

b) los sectores I de las ciudades del interior mostraron menor “etnicidad” que los sectores I de las ciudades fronterizas;

c) entre más nos acercamos al Golfo de México a lo largo de la línea fronteriza, mayor el nivel de mexicanidad entre los sectores;

d) entre más nos acercamos al Océano Pacífico a lo largo de la línea fronteriza, mayor el uso de “anglicismos procesados” (lo que en el interior se llamarían “pochismos”), entre los sectores I;

e) entre más bajo el nivel de vida, mayor la “etnicidad” en todas las ciudades; las fronterizas tuvieron calificaciones ligeramente más altas;

f) en lo general, no hubo ninguna correlación estadísticamente significativa entre el uso de anglicismos y la “etnicidad”;

g) los sectores II estuvieron más cerca de los niveles de etnicidad de los sectores I en la ciudad de México. En contraste, esos sectores medios estuvieron más cerca de los sectores III en las ciudades fronterizas;

h) en todos los sectores, la “etnicidad” menor está más asociada con niveles altos de vida que con la proximidad geográfica a los Estados Unidos.

Este esquema de “cambios en la etnicidad” muestra una selección de las primeras ciudades incluidas en algunas de las tres encuestas realizadas. Se aprecian los contrastes entre las ciudades fronterizas de Tijuana, Ciudad Juárez y Nuevo Laredo frente a los datos de las muestras de la ciudad de México, Aguascalientes y Acapulco.

Para los efectos de este trabajo, resulta importante destacar de los datos anteriores que la etnicidad más baja¹³ se encontró entre los entrevistados del sector I de la ciudad de México en la encuesta de 1983. El caso opuesto (etnicidad más alta) se encontró, en la encuesta de 1985, entre los entrevistados del sector III de Nuevo Laredo y Ciudad Juárez. Cabe destacar que aun en el caso de la etnicidad más baja entre las ciudades fronterizas, encontrado en los sectores de Tijuana, sus niveles de etnicidad aparecieron en general más altos que en el caso de la ciudad de México, con excepción del grupo de hombres del sector III en la encuesta de 1984.

IV. LA “OTREDAD” COMO ELEMENTO DE LO FRONTERIZO

En nuestra búsqueda de una explicación de estos hallazgos de la investigación, tan intrigantes, totalmente contrarios a los muy difundidos estereotipos que privan en el centro de México sobre los fronterizos, introduce en el análisis el concepto de “otredad”.¹⁴ Este concepto se aplica a la paradoja que refleja la intensidad de las interacciones “cara a cara” con “los otros” en la frontera y el efecto de esa intensidad en el reforzamiento de la etnicidad propia. La “otredad” es una característica de la vida fronteriza particularmente importante para la propia identidad étnica. La paradoja es que esa “otredad”, al parecer, permite a los fronterizos reafirmar su identidad étnica como mexicanos en la medida en que les ayuda a saber *lo que no son*. Si un joven mexicano del interior tuviera que definir la “mexicanidad”, podría tener problemas para seleccionar los indicadores más apropiados entre la pluralidad de etnicidades regionales. En el lado mexicano de la frontera, la misma

¹³ Los casos de respondedores fueron clasificados en tres niveles: de “alta”, “media” y “baja” etnicidad de acuerdo con los puntajes luego convertidos en un índice de uno a tres donde la más alta etnicidad corresponde al valor de 3.00 y la más baja de 1.00.

¹⁴ Para un análisis de este concepto, véase Bustamante, J. A., “Frontera México-Estados Unidos. Reflexiones para un marco teórico”, *cit.*

pregunta tiene una respuesta mucho más fácil porque la “otredad” nos dice que lo “mexicano” es lo “no gringo”.

La “otredad” es menos un factor de identidad étnica en la medida en que nos alejamos de la frontera y del refuerzo de un proceso de socialización que ahí ocurre. En la dinámica de ese proceso está implícita una evolución que va, de la etnicidad en sí, a la etnicidad para sí.

Los mexicanos que viven lejos de la frontera tienen una visión de los estadounidenses derivada de los medios masivos de comunicación (generalmente positiva) o de las ideologías de izquierda (siempre negativa), mientras que los mexicanos de la frontera tienen una idea de los estadounidenses, más como resultado de interacciones cara a cara. Si se conceptúa un *continuum* de las visiones desde los extremos positivos hasta las de extremos negativos que se tienen en México de los estadounidenses, se encontrarían las visiones de la gente del interior más hacia los extremos y la de los fronterizos, más hacia el centro.

Al parecer, la intensidad de la interacción cara a cara o personal, característica de la experiencia del lado mexicano de la frontera, resulta en una visión más pragmática, menos ideológica, de los estadounidenses. Esto, al parecer, alimenta los estereotipos comunes a los que aludimos antes en la medida que hay una distancia teórica entre las visiones acerca de los estadounidenses que tienen los mexicanos de la frontera, en contraste con las que tienen los mexicanos del interior. Dicha distancia virtual es algo que irrita a estos últimos.

Por otra parte, la visión acerca de los estadounidenses que es ubicable más hacia el centro del *continuum*, tiende a ser más pragmática. Este es el caso de los mexicanos de la frontera; para ellos, los estadounidenses parecen estar representados por imágenes tanto de un problema como de una oportunidad. Los fronterizos aprenden, mediante su experiencia en la frontera, a verlos como un problema de desigualdad o asimetría de poder: el estadounidense es, en general, quien da las órdenes porque tiende a ser el jefe, el patrón, el cliente, o simplemente el que tiene más dinero. Esta desigualdad o asimetría es la que da la dimensión de lo que se ve como problema. A los mexicanos fronterizos no les gusta esa asimetría, y luchan contra ella mediante los canales convencionales de la competencia.

Al mismo tiempo, los fronterizos ven en los Estados Unidos una oportunidad. Les venden más productos, servicios y trabajo *per capita* a los estadounidenses que los mexicanos del interior. El aprovechamiento de

esta oportunidad les permite mantener un nivel de vida más alto que el promedio nacional. El concepto de una oportunidad relacionada con la vecindad de los Estados Unidos no es igual a un deseo de convertirse en estadounidenses, como a menudo se interpreta tanto en el interior de México como en Estados Unidos. El hecho es que los fronterizos tienden a ver a Estados Unidos más favorablemente que los mexicanos del interior. Esta diferencia de percepciones tiende a reforzar el estereotipo de “agringado” que los del interior de México tienden a endilgarle a los fronterizos. La hipótesis que aquí se plantea es que la visión comparativamente más favorable de los fronterizos sobre Estados Unidos tiene que ver con la diferencia en la intensidad de las interacciones personales. En el caso de los fronterizos, esas interacciones tienden a ser interpersonales; es decir, cara a cara. En cambio, entre estadounidenses y mexicanos del sur de la frontera, tienden a ser menos personales, más a la distancia y más influenciadas por los medios, la propaganda o las ideologías. Eso hace que la visión de los estadounidenses se vaya a los extremos: o son los héroes o son los villanos. La interpersonalidad de las relaciones en la frontera tiende a acercar la imagen de los estadounidenses más hacia el centro. Ahí también hay los buenos y los malos; pero ya no hay los héroes o los villanos.

Otra paradoja de la vida de la frontera es la relativa independencia entre una dinámica de integración económica del lado sur con el lado norte y una fortaleza de la etnicidad como resistencia a la integración cultural. Una razón de que la integración económica no conduzca necesariamente a una integración cultural es que las identidades étnicas de los seres humanos no son el resultado de un juego de “suma cero”, en el que, cuando algo de una cultura externa se internaliza, algo de la cultura propia se pierde. Existe algo así como el cosmopolitismo. Esto quiere decir que el aprendizaje de otros idiomas o el disfrute de elementos de culturas extranjeras, no es necesariamente a costa de la propia identidad étnica. —Esto es diferente a negar que podría haber un fenómeno de pérdida de la identidad étnica original—. Acepto que esto en efecto sucede. Es lo que encontramos asociado con niveles de vida más altos entre los entrevistados de los sectores I de las ciudades en el estudio al que nos referimos anteriormente (inciso *h*). Lo que aquí se argumenta es que la historia cultural de la frontera muestra un fenómeno paralelo (otra paradoja): una de creciente integración entre la economía de la frontera y la de los Estados Unidos, al mismo tiempo que una creciente

mexicanización de cada vez más áreas de la vida cotidiana, como los negocios en las ciudades fronterizas del norte de México.¹⁵

Lo que ocurre en realidad es que las identidades étnicas no son estáticas. Normalmente evolucionan y a menudo se diluyen en subidentidades étnicas. Hay una versión yucateca de identidad étnica mexicana tan auténtica como una versión veracruzana o fronteriza. Son distintas como subidentidades, y ninguna es más mexicana que la otra, en particular en cuanto se las observa desde adentro. Guillermo Bonfil solía estar en desacuerdo con la idea de que hubiera tal cosa como una identidad étnica mexicana. Si bien sostenía que había un “México profundo”, también sostenía que la pluralidad de etnias nacionales hacía imposible definir las características de *una* identidad nacional como *la* mexicana. En el amistoso debate que tuvimos sobre este punto, yo sostenía —y lo sigo haciendo— que esa tesis de Bonfil podría ser válida, pero sólo desde una perspectiva hacia adentro de México. Porque, cuando desde una perspectiva internacional (desde fuera de México) se trata de definir la identidad étnica mexicana. Es decir, aquello que distingue a los mexicanos de los de otras nacionalidades, ya sea en gustos culinarios, musicales, plásticos o religiosos, no es difícil identificar *lo* mexicano. Tanto así, que desde esa perspectiva “exógena” no se podría decir que la identidad mexicana no existe.

Cuando a las identidades étnicas nacionales se les observa desde afuera; es decir, como distinguibles de otras identidades étnicas nacionales, se vuelven más claramente definibles. Eso lo hemos aprendido los fronterizos desde que la experiencia fronteriza nos enseñó que lo mexicano es lo no gringo. Desde esta perspectiva, se podría decir que los fronterizos tienden a ser más cosmopolitas que los mexicanos del interior. El que a mí me guste el jazz y hable inglés no quiere decir que por ello haya sufrido alguna pérdida de mi identidad étnica como mexicano. Cuando en mis años de estudiante graduado aprendí a escuchar la música de jazz, no “se me salió” mi gusto por la música de mariachi. Era sólo cuestión de encontrar el momento adecuado para escuchar una u otra. Cierto que no soy prueba ni a favor ni en contra de tal tesis, pero también es cierto que mi caso no es de generación espontánea.

¹⁵ Este proceso, como ocurre en Tijuana, está documentado en Bustamante, J. A., “Historia de la colonia Libertad”, *Historia de la colonia Libertad*, Tijuana, El Colegio de la Frontera Norte, 1990.

En la frontera, dentro del contexto de esa independencia entre integración económica e integración cultural o étnica, hay fenómenos culturales importantes. Tomemos el caso de Tijuana, que es probablemente el ejemplo más característico de este fenómeno. En contraste con la mayoría de las ciudades mexicanas medianas y grandes, Tijuana nunca tuvo una economía basada en la agricultura. Su sociedad no tiene un pasado agrícola, como es el caso de la mayoría de las sociedades urbanas mexicanas. La economía de Tijuana nació como un tipo de economía de servicios. Independientemente de los “servicios” en particular que caracterizaron el surgimiento de su economía, sigue siendo cierto que una economía orientada a los servicios tiende a producir valores más claramente clasemedieros que una sociedad cuyo pasado estuvo ligado a la agricultura. Además de la historia de la economía de Tijuana, su sociedad es de inmigrantes de todas partes del país. Sus estructuras familiares tienden a ser de “familia nuclear”, mientras que en el resto del país tienden a ser de “familia extendida”. El efecto económico de esta diferencia es que el ingreso familiar tiende a estar distribuido entre menos miembros en el caso de Tijuana que en el caso del resto de México. Esto, a su vez, apoya la movilidad social ascendente de las familias nucleares (en contraste con lo que ocurre a las familias extendidas, donde el ingreso familiar se distribuye entre un mayor número de miembros).

Los valores clasemedieros a los que me refiero son universales. Son valores comunes a todas las clases medias del mundo occidental, se trate de Boston, Londres, Madrid o Buenos Aires; es decir, el individualismo, una preocupación —si no es que obsesión— por una movilidad social ascendente; por lo tanto, valores de apoyo a los caminos convencionales hacia la movilidad social ascendente, como la educación, la salud y el medioambiente limpio. Las clases medias del mundo exigen de los funcionarios públicos que rindan cuentas de los gastos públicos como contraprestación a la obligación de pagar impuestos. Así, exigen *accountability* o rendimiento de cuentas en el desempeño de los cargos públicos, lo cual conduce a una mayor participación ciudadana y a un proceso de democratización. La clase media de Tijuana no es distinta a las clases medias de otras ciudades en cuanto a valores de democratización. Lo que ha hecho que Tijuana votara por el PAN desde hace varias elecciones, no es tanto por la influencia directa del sistema bipartidista de Estados Unidos —según se ha visto desde el centro del país— como por un intenso proceso de crecimiento de su clase media. Es decir, un

crecimiento del espacio que cubre la clase media en la estratificación social de la sociedad tijuanaense.

Si la distribución del ingreso se usa como criterio para definir empíricamente las clases sociales de una sociedad, encontramos que la distribución del ingreso en Tijuana es muy atípica en comparación con las del resto de México. En la nación entera, así como en la mayoría de las ciudades mexicanas, la distribución del ingreso se parece a un triángulo, con los más pobres en la base como mayoría, y unos pocos que tienen los mayores ingresos en la cúspide del triángulo. En Tijuana, en cambio, la distribución del ingreso no se parece a un triángulo sino a un pentágono irregular, con la mayoría de la población por encima de la base y con los más pobres en un espacio más corto en la parte inferior o base del pentágono, seguida hacia arriba de un espacio mayor, donde está la mayoría de la población, entre el vértice de los ángulos que forman los lados del pentágono. Seguida hacia arriba por los pocos de más altos ingresos. Esta forma atípica de la distribución del ingreso, que muestra Tijuana en comparación con el resto del país, parece marcar una diferencia importante en cuanto a valores de la clase media, porque en Tijuana la clase media ocupa virtualmente un espacio social mucho mayor que lo que es común en el resto de las ciudades mexicanas. Por consiguiente, no es que los tijuanaenses se estén “agringando”, como lo dictaría el estereotipo, sino que se están convirtiendo en parte de una clase media universal. Es decir, se están comportando de manera más parecida a las clases medias del mundo, no sólo a las de Estados Unidos. La clases medias del mundo tienden a ser las primeras víctimas del proceso de homogeneización cultural que se deriva de la globalización.

La sociedad de Tijuana tiende a ser muy diferente a la sociedad de otras ciudades de su tamaño en el país, pero sus clases medias tienden a parecerse cada vez más, sobre todo en sus hábitos de consumo. Esto hace que las clases medias de Tijuana se parezcan más en sus hábitos de consumo a las clases medias de la ciudad de México, Guadalajara o Monterrey, sólo que en éstas, la clase media no constituye el sector de mayor tamaño de su población respectiva, como es el caso de Tijuana. Con base en este razonamiento, se podría argüir que el fenómeno de alternancia en el poder de los partidos políticos en Baja California, y en particular en Tijuana, está más asociado a un creciente predominio de los valores de las clases medias que a una integración cultural regional con los Estados Unidos.

Aun cuando Tijuana representa el punto más alto de este fenómeno de aumento de la clase media en la frontera, y probablemente en todo el país, se trata de un fenómeno fronterizo en medio de una región muy heterogénea. En cuanto a los indicadores convencionales de niveles socioeconómicos, su representación geográfica a lo largo de la frontera norte haría aparecer a la línea fronteriza como una gráfica que representase a los diferentes niveles de desarrollo de las ciudades de la frontera norte, con Tijuana hasta arriba, Matamoros hasta abajo y Ciudad Juárez en el medio. No obstante, como región, el nivel de vida de la frontera es más alto que el promedio nacional de México. Paradójicamente, es lo contrario de lo que caracteriza al lado estadounidense de la frontera, con la excepción del sur de California. La frontera de los Estados Unidos con México representa un nivel de vida más bajo que su promedio nacional, y el ingreso *per capita* de los condados del sureste de Texas es de los más pobres de todo el país. En contraste, del lado mexicano la población de las ciudades fronterizas tiende a ser de un ingreso *per capita* por encima de los promedios nacionales.

La última pregunta sigue siendo, luego de haber hablado de tantas paradojas en la frontera México-Estados Unidos, ¿qué podemos decir del futuro? Es el tema de la parte final de este capítulo.

El lado mexicano de la frontera, muy particularmente Baja California, ha vivido en “condiciones TLCAN” durante varias décadas. Esto quiere decir que, a diferencia de los mexicanos del interior, los fronterizos se han socializado en una cultura de consumidor de mercado libre; no de mercado con las limitaciones de una economía de “sustitución de importaciones” como fue la mexicana durante décadas. Gracias al “régimen de zona libre” bajo el cual ha vivido Baja California por más de medio siglo, el consumidor de Tijuana ha tenido acceso a la información sobre productos bajo la cual se ha educado a decidir por el que más le convenga, de acuerdo con las reglas de competencia que caracteriza a los mercados libres del mundo. Esto no fue así para el interior de México, donde la oferta de productos y servicios se regía por normas muy distintas de “sustitución de importaciones”. Esta estrategia económica, que era tan común entre los países subdesarrollados, probablemente era lógica en sus primeras etapas, puesto que trajo inversión extranjera e industrias que de otra manera no hubiera venido. Pero tuvo como consecuencia mercados de consumidores cautivos y mal informados, donde la competencia llegó a estar ausente y por lo tanto los precios llegaron a ser

altos, la calidad de los productos baja y la educación de los consumidores pobre. Para este tipo de consumidor, el TLCAN significó algo nuevo, pero no para el que ha vivido por décadas bajo el régimen de zona libre como en la frontera norte.

Cuando el análisis pasa del consumo a la producción en la zona fronteriza, se encuentra uno a la industria maquiladora de la frontera, que opera según prácticas y valores industriales comunes a la libre competencia de los mercados internacionales. Éstos han dado lugar a procesos de producción llamados de “calidad total” (cero errores) o, de producción “justo a tiempo” (el proceso de producción se inicia y se termina exactamente a la hora prevista). Las maquiladoras han llevado a la frontera mucho provecho por lo que toca a la creación de empleos y algo de malo en cuanto a su impacto negativo en la calidad del ambiente local y un exceso en la demanda de ciertos servicios públicos. Sin embargo, hay pruebas contundentes que indican que el balance es positivo. Dicho lo cual, yo argüiría que las maquiladoras han traído a las sociedades fronterizas ciertos valores, como los de puntualidad y “cero errores”, que han producido normas cuyo seguimiento rebasa al área de trabajo para aplicarse a muchos otros ámbitos de la vida cotidiana. Es cierto que los sueldos son bajos en la industria maquiladora en comparación con los de países industrializados. En la frontera mexicana, sin embargo, los sueldos y las condiciones de trabajo de la maquiladora son los más altos al compararse con los de trabajos semejantes en los mercados laborales locales. No sólo gracias a la industria maquiladora, pero es un hecho que en la mayoría de las ciudades fronterizas, en particular las que están más cerca del Pacífico Norte, han estado por muchos años en los niveles más bajos de desempleo de todo el país.

La razón por la que me estoy refiriendo a las diferencias antes mencionadas entre la región de la frontera mexicana y el resto del país con respecto al impacto del TLCAN es que quiero concluir con un escenario de tres Méxicos: El “México del Norte”, el “México de la meseta” y el “México centroamericano”. Esta división tiene que ver con una creciente brecha en los niveles socioeconómicos entre las poblaciones de los estados del norte y los del sur, con la zona metropolitana de la ciudad de México en el medio. La brecha ha aumentado al punto de que al parecer hay signos incipientes de resistencia de algunos sectores de los estados del norte a “compartir la carga” del subdesarrollo de los del sur. Empieza a advertirse entre algunos sectores de los primeros el sur-

gimiento de la idea de que su desarrollo económico no debe detenerse bajo la tesis de buscar que se emparejen los niveles nacionales con respeto a los Estados del sur.

Hay ciertos elementos de racismo en esta resistencia incipiente en el norte a “compartir la carga” del sur, donde la población indígena tiene la más alta proporción del total. También existe la tesis —que comparto— de que es un error de política económica nacional, desincentivar el desarrollo económico de la región fronteriza para que se “empareje” con los niveles de las regiones menos desarrolladas del país. Empujar hacia abajo el desarrollo económico de una región para “nivelar” los promedios nacionales del desarrollo regional, es una idea equivocada de justicia distributiva por lo que se refiere a políticas económicas del gobierno federal.

La realidad de las disparidades regionales demuestra que el desarrollo económico de una región tiende a “jalar” el desarrollo de las regiones de desarrollo económico inferior. Aún más importante es el balance positivo de divisas en la balanza de pagos de las ciudades fronterizas. En el caso de Tijuana, son más los dólares que Tijuana envía a la balanza de pagos de la economía nacional que el monto valorado en dólares de lo que recibe Tijuana de parte de la Federación, resto de la economía nacional. Habiendo afirmado lo anterior, vale decir que estoy en contra de la tesis de algunos políticos de Baja California que sostienen que la Federación les debería compensar por el gasto que Baja California tiene que hacer por la inmigración que recibe desde el resto del país; es decir, la inmigración que proviene de los estados más pobres del sur, por ejemplo Oaxaca, al igual que de migrantes pobres expulsados de Estados Unidos y que llegan a las ciudades de Baja California desde el país vecino. Esa tesis es falsa. Es tan racista como lo fue la tesis del gobernador Pete Wilson de California a la que se hace referencia en el último capítulo de este libro, que le echaba la culpa del déficit presupuestal de su estado a inmigración de mexicanos. Si se hiciera un balance del costo-beneficio de la inmigración a Baja California, este estado tendría que salir pagando por el costo del capital humano que los estados de origen de esa inmigración tuvieron que pagar por quienes se educaron en otras partes de México y de ahí emigraron rumbo a Baja California, además del capital de inversión que ha provenido de otras partes del país para contribuir a la economía de este estado.

Regresando a lo cultural, tengo la impresión de que la zona metropolitana de la ciudad de México no se unirá ni al norte ni al sur, sino que se mantendrá con una etnicidad propia. Una identidad que en el resto del país se reconoce con la especificidad de lo “chilango”. Desde luego, no se trata de algo fácilmente demostrable. Es probable que lo “chilango” esté más cerca del estereotipo y el prejuicio que de algo real. Como estereotipo se encuentra en todo México fuera del Distrito Federal. Más allá de Cuautitlán, parafraseando la expresión, los originarios del Distrito Federal son estereotipados como prepotentes y arrogantes, que pretenden saber más acerca de cualquier parte de México que visiten, que los propios lugareños. Aun cuando los capitalinos son inmigrantes del todo el país, la ciudad de México produce cierta etnicidad que es distinta a la de otras regiones de México. El etnocentrismo es uno de los elementos distintivos de lo que en términos regionales se podría llamar una “etnicidad chilanga” de cualquier forma, mi temor sobre el futuro de México está muy lejos de tener algo que ver con el éxodo de los chilangos. También está lejos del escenario de “Mexamérica”. Más bien le temo al escenario de una creciente distancia entre “los tres Méxicos”. Los datos comparativos de los niveles socioeconómicos de las entidades federativas apoyan este escenario hipotético. Lo he sugerido sólo como herramienta analítica o como un desafío que tendrán que enfrentar todos los mexicanos del futuro, mas no como una predicción fatalista.

Permítaseme ahora cambiar de curso hacia una cuestión más específica de las relaciones fronterizas entre México y Estados Unidos que con seguridad tendrá un efecto sobre todos los aspectos de la vida fronteriza en particular y de las relaciones bilaterales en general. Me refiero a la inmigración de mexicanos a Estados Unidos.

Quisiera empezar mis reflexiones sobre este fenómeno migratorio de México a Estados Unidos con una perspectiva histórica acerca de cómo es que hemos llegado hasta donde estamos ahora en este tema y hacia dónde es probable que nos dirijamos desde aquí al futuro.

Antes de los eventos del 11 de septiembre, parecía que los gobiernos de México y de Estados Unidos se habrían acercado más que nunca antes a un acuerdo bilateral sobre esta cuestión de la migración.¹⁶ Esto sugiere una pregunta de sentido común: ¿cómo es que esto sucede hasta

16 *The Economist*, 4 de agosto de 2001, pp. 27-28.

ahora?, siendo tan lógico que un acuerdo bilateral es el camino que ambos países deberían seguir para resolver racionalmente un problema bilateral que es causado por factores que se localizan en ambos lados de la frontera.

Esto es algo que no ha sido suficientemente debatido en México. No parece haber en nuestro país una conciencia histórica acerca de ciertos elementos que han hecho de esa vía racional hacia un acuerdo bilateral algo tan difícil de alcanzar para los dos gobiernos. Ciertamente esto no ha sido así porque esa opción haya escapado a las mentes de los líderes respectivos de los dos países.¹⁷ No parece haber en México suficiente conciencia del contexto legal-laboral de Estados Unidos, ni de la manera en que algunas leyes vigentes en aquel país han sido un obstáculo para llegar a un acuerdo bilateral, que fuera tan factible como practicable para racionalizar las relaciones de trabajo entre los migrantes y sus empleadores en Estados Unidos. Un ejemplo de ese marco legal que ha sido un obstáculo es la famosa ley Wagner de 1935 (Wagner Labor Act, de 1935). Esta ley estableció el marco normativo dentro del cual serían conducidas las relaciones laborales en Estados Unidos. Esta ley apareció como una buena nueva para los obreros estadounidenses, pero como una mala noticia para los trabajadores agrícolas. Éstos no fueron incluidos en el nuevo marco legal-laboral en el que se consignaron los nuevos derechos laborales para los trabajadores industriales. El punto importante aquí es que esa legislación laboral excluyó a los trabajadores agrícolas de la definición legal de “empleado” para quien los derechos derivados de esta ley fueron generados (véase la Ley 29 U.S.C. sección 141 subsección 152 (3)). Esta Ley fue enmendada por la Ley Taft-Hartley (Taft-Hartley Labor Act, de 1947) que fue aprobada por el Congreso de Estados Unidos ese año. Esta ley fue a su vez enmendada por la Ley Landrum-Griffing (Landrum-Griffing Act) que fue aprobada por el Congreso estadounidense en 1959. Sin embargo, la exclusión original de los trabajadores agrícolas de derechos básicos, como los de organizarse sindicalmente y negociar colectivamente mediante representantes electos democráticamente, se mantuvo sin cambios. Esto significó en la realidad una discriminación en contra de los trabajadores agrícolas respecto de las bases legales bajo las cuales serían tratados los trabajadores indus-

¹⁷ Olloqui, Juan José de (comp.), *Estudios en torno a la migración*, México, UNAM, 2001, pp. 7-19.

triales por sus patrones en Estados Unidos. Detrás de esta discriminación *de jure* estuvo el desarrollo histórico de un contexto estructural de una *asimetría de poder* entre los trabajadores agrícolas y sus patrones en el país vecino. El entendimiento de tal asimetría de poder condiciona el entendimiento cabal del porqué ha sido tan difícil para Estados Unidos y México llegar a un acuerdo bilateral sobre la cuestión migratoria.